

EL AGUA Y LA PALABRA

Antología de Relatos. III

Espejos en la mar

ARCADIO ORTEGA

Escrito en el agua

ÁNGEL OLGOSO

El reflejo y el mito

CARMELO SÁNCHEZ MUROS

Espejos en la mar

ARCADIO ORTEGA

Y aún dicen que el pescado es caro.

JOAQUÍN SOROLLA

EL MUNDO es un dolor que no nos duele. Gira la esfera en llanto y en azul y es imposible quedarse con un grito. Todo lleva su vértigo de paz. Alguien, una mano de Dios, el brillo de sus ojos, ese dedo ordenante de la estampa, le va poniendo freno. Y hay un momento exacto en que las aguas le recortan la piel a un continente. En ocre y plenitud se torna el magma dejando que los ríos le surjan del centro de la tierra. Y al borde Oeste de su Sur se acrece. Y toman los latidos su esplendor informal. Y por los poros empiezan a nacer los espasmos de vida. Y aquí, en este punto exacto que no admiten los mapas, donde la historia –dicen– no recoge la historia, ya nos llega el dolor y el grito y la presencia de ese mundo que rueda en su desgana, lamiendo los contornos sempiternos donde duerme la mar.

La mar estaba allí, cansada y fría; con un ligero azogue por sus aguas, una débil pletina que rompía en sus bordes los intervalos, a veces asonantes, con que estrellaba las quillas de los barcos puestos al sol. Por los poros de las olas se cruzaban los vientos, apenas impalpables, conforman-

do briznillas de rocío en las áureas espumas de sus crestas. Cuando una ola llega, llega al fin un mensaje; acaso se presienta la sensación de una caricia; el deseo inagotable de las diosas que soñaban antiguos marineros. El mar estaba allí, blanqueando la arena con algas de otros mares.

Los niños, sal y pan y el culo siempre al viento. Cincuenta casas, como palomas de papel en un plato de migas, agrupan tanta hambre y tanto sol que solo se sustentan con el sueño de barcos y de redes; por la esperanza gris de un copo de reflejos que la luna retoce al filo de las luces. Cincuenta casas. Calles rotas de arenilla y de piedras; de lajas los trancos, las aceras; abiertas las esquinas en diagonal al viento; medidas por el sol de tanta ola que lame, garrea y vuelve con los brazos en cruz a ofrecer su latido. Barcos salinos –tingladillos que amasaron a gubia y a cincel maestros de la teca– escorados en tierra, cuidando a sotavento, la siesta de patronos que sumergen su nada por debajo del peso de sus sueños. Marineros de grietas salitrosas, crucigrama de surcos por el rostro, al aguardo de que arribe la hora de crujir los motores en las viejas mamparras. Y el remendar de redes, de estachas y aparejos. Y el maldecir los copos que se fueron. Hay mucha hambre de peces y de barcos. Y si desertan por el monte, alguna vez, es que la mar, con un zarpazo, les ha castrado el sueño. Al hombre de la mar le suena por el alma un torrente de océanos.

Apuestan duro –pana y entrecejo– los hombres. Piden cartas y sueñan con los peces, mientras un as de espadas les corta el horizonte. Aguardan en sus puestos –todo tiene su sitio– el instante en que levante el viento y cesen las corrientes para hacerse a la mar. –Das, paso, quiero, envido–. Aquí el vino negro es solo un trance opaco, un apretón de espera, el llanto que se bebe la tierra y los claveles de los montes de arriba. A las mesas les duelen los callos en sus robles. Les lastima la farsa del rentoy. Sonríen cuando gritan que la mar es propicia y aguardan impacientes la hora del regreso que agore entre blasfemias. –Das, paso, quiero, envido–.

Cuando los hombres tienen rezones en los ojos, y en sus espaldas brincan los peces que se fueron, y les duele la boca de estar mirando cales, y cruza por la raya azul con la que rezan, el sol hecho una idea, acaso como

muere un ciprés cada tarde, entonces sobra el gesto, la palabra, el instinto, y suena, por los vidrios oscuros de las cepas, el son de la simiente que estrena nuevos cauces. Y hay que elegir, se reprendió Santiago, en los pocos que hay, un hombre para Juana y una mano a la caña del sustento diario.

Crisantemos y luces. El mar en sus corolas. Un abanico en trance de cerrar la baranda por donde nace el sol. Hilera de claveles. Presencia del compromiso serio de la arena y la lluvia. Pura contemplación, opaca y persuasiva, de ese recio vaivén de los abismos. El cruce más letal de olas y vientos en el crisol de tanta singladura. Sinrazones que rondan por los cauces del deseo. Amarillo su rostro, el pensamiento, los instintos malsanos, la lujuria y esas bilis mal revueltas de *Pelao*, que de tanto cuidar los crisantemos, palúdico y cetrino, amasaba en su gesto la cérea presunción de estar un algo más allá de aquesta vida azul.

Juana crujía la brisa en las enaguas; retozaba la flor de los encajes al filo y en los pliegues de sus prendas más suyas; mecía al viento los picos de aquel cintajo malva que hacía de corsé para su pelo negro; y sacudía en la escarcha su plenitud primera. Llevaba al borde de sus ojos, en el contorno que vibraban las luces lamando sus caderas, justamente en el pecho, bajo de la cintura, en su andar por la arena descalza de preguntas, en el perfil salvaje de las últimas diosas, dieciocho años como granada tibia a la luz mortecina que ocultan los zaguanes.

El faro siega y corta; deslumbra y se retira; aparece y destella; se brinca sobre el mar y peina los azogues violetas de las olas. El faro guiña su perfil ancestral de antiguas sinrazones. No descansan los muertos al pico de su hombría –en su soberbia– bajo el acantilado que mantiene el secreto de los últimos hombres que se tragó la mar. El faro lleva un ritmo constante y homicida en su vaivén.

Nace la mar de noche. El aparejo descansa por las bandas. La cubierta cubre con mallas negras sus listones, se enganchan los corchillos en el duro perfil de las brazolas y el ancla está propicia para hacerse levar. Surge temblón el ser de los motores. Todo dice que hay que hacerse a la mar. El patrón asoma la mirada desde el viejo tambucho, ordena que se zafen

los cabos de través, *spring* y largos que hacían un cuerpo a los norays. Tiemblan en las aguas aceitosas desperdicios y corchos. Y hay una voz que grita una palada adelante y el sostén del bichero. Por un instante los motores mantienen su armonía, mientras la proa blande su navegar de orgullo, en busca de caminos más amplios que los sueños que tejieron las redes para buscar al pez.

Si es que alguno de fuera pasa, para y mira. El copo a la mañana cuando se tira adentro de las redes a la deriva. Y hay que crujir los cabos y los brazos, al son del pisotón de tanta hombría. Boquerones de plata, pescadillas de enroscar, mollaricas saltando, los chanquetes, gambas, chocos, almejas y hasta invasores. Es el copo que luce, brilla y cruje de tanta sal de mar. La estampa del marengo apechugando, asido hacia la tierra por el cuello y un pedazo de estacha que hace surco por donde pasa el mosto a la derecha. El copo es el triste aguafuerte del pueblo que aún mantiene los relojes parados en ayer.

Cuánto vale la plata brillando en un capazo; muriéndose en el suelo, arreciadita y seca, con el llorar del agua secando las escamas; presta para los gritos que enhebran ofensivos, la cuenta atrás del cuento, dejando en nada el precio de una noche que tuvo en su linaje, el brillo sempiterno que copió de la luz. Ya se acabó. Los hombres han marchado a sus casas con dos kilos de muerte para el trueque por panes. El jornal aún espera la voz aguardentosa que clave al fin la puja. Y se pagan los peces al precio de unos gritos ausentes del trabajo del hombre.

Es que se saca poco. Pocos peces y pan. Y los dineros. Allá por el costado de los montes, detrás de los sembrados, algo aún más allá del pantano y las trochas, casi llegando al puerto en que los autos sufren los estertores, están recolectando manos, manos de hombres para hacer carreteras. Y pagan bien. Al menos a diario. Y eso cuenta. Olvidaros del mar. Y de los peces. Y de tanto mirar al cielo y sus presagios. Y de si hace agua, o no la hace, la barca de Tomás. No importa. Si es que llueve, os ponéis las capuchas. No vale preocuparse. Todos los días son buenos. La nómina aparece por los sábados y el seguro os cuida de repente.

Se les llegó el rumor como llega la voz de la epidemia, como corre el petróleo por las aguas, igual que aquella plaga de langosta paralizando aviones en los cielos. El Gobierno –las cosas– había pensado hacer, junto a la misma costa, un engendro de hierros y de naves para parir papel. Ya le decían la *fábrica*. Y es que era el primer escalón para la industria de todo el litoral. Un repeluzno nuevo secuestró las espaldas, corrió por los canales del cerebro, se apoderó de casas y familias y no dejó en descanso ni las camas. Iban a contratar los brazos de los hombres, y los pechos, y las cabezas, y el coraje. Había, eso sí, que unir junto a la instancia, aquel certificado de leer, escribir y dominar las cuatro reglas. Todos se vieron con picos y con palas, con mono azul y casco a la cabeza, respetando las reglas y el horario y aguardando cumplir la disciplina. A la noche se organizó en la escuela una clase para hombres. Y por aquellos meses, aprendieron despacio a declinar Sindicato.

Y es que la mar es dura, yo lo digo. No es posible tenerla entre las diosas, ni acariciar sus nalgas al filo de la arena. De vez en cuando pasa la factura, se aviene socarrona por las costas, hace que salgan barcos y, después, los baila en sus bostezos. Y hay unos muertos más durmiendo con sirenas. Son las cosas así. Tal vez si se pensaran, si hubiera comprensión entre los hombres, si se hicieran los peces en las fábricas, si se pagara al mar con otras cosas...Pero no puede ser. Hay que entregarles a Dios y al César lo que es suyo. Y a la mar le gustan más los muertos.

Cualquiera entiende lo que llaman héroe. Luego nombran Lepanto y hasta América. Hablan de Méndez Núñez y de todos los que dieron la gloria a nuestra Armada. Recuerdan que son tres mil kilómetros de costa y ensalzan a los lobos de la mar. ¡Qué! Es que, para hablarnos de historia, hay que hacerse a la mar a bordo de un cascajo y al currelo las dieciocho horas que obliga la faena. Después, si se acaba la pesca, ya se acaba el contrato. Y esto es algo más que historia. Pero es mejor que lo callen los libros. Hay que cuidar la asepsia.

Falta un muerto. Está la hilera llena de cruces negras con nombres y claveles. Pero hay un muerto que no lo tiene el pueblo ni lo guarda la mar.

Aquel que le formaba un corro a sus palabras para contar las cosas que no eran. Aquel fue un desertor del copo y el palangre; del tifus, de la tisis, el tracoma, de las fiebres de malta y de la lepra. Aquel se fue por el cantábrico –otros mares– a pilotar la caña de un patache. Y se quebró una tarde en Terranova, mientras su barco buscaba bacalao, a tantos grados de frío por los cuerpos. Una mano de morsa acarició su frente y le hicieron su cruz y su petate. ¿Embalsamarlo? Sí, pero... las cosas. A un piloto de coches, a un futbolista, a un niño de regatas...

No hay mareas, ni conchas en la arena, ni mejillones machos, ni centollos, ni siquiera resacas. Aquí la mar no tiene más bilis que el poniente y un puñado de erizos cuidando de las rocas. Aquí duermen en calma las lágrimas de luna al vaivén de los besos que salpican los pulpos. Aquí hubo una vez sirenillas de plata peinando a marineros borrachos de aguardiente. Aquí cuentan y cuentan historias imposibles para matar la vida por aquello del tedio.

La gorra del farero era negra y brillante. Su pensamiento oscuro, y su voz imposible. Media tarde a la puerta, con el porrón a medias. A medias contemplando a Juana y a las mozas que en un vaivén de tarde sorteaban los cercos que oprimían tantos ojos en celo. Por la mañana el cura habló del vino en calma; de la calma del hombre que espera a Dios pidiendo; de la espera del cuerpo; habló de tanta calma que era imposible ya esperar hasta otro año. Y mientras que pensaba que esperar no es remedio, se mordía los padrastrós, por dominar la carne.

Llegaban en invierno, casi siempre; aparecían, como si no dejaran caminos por detrás, solo cansancio; atravesaban serios, secos, displicentes, con mala facha y cara de aguafiestas, las plazas y las calles; y un aluvión de niños se agolpaba en su busca. Traían un mono y una cabra y dos perros vestidos de muñecas. Al lado de la fuente extendían el tapiz sin pelos ni colores. El mono hacía sus piruetas subiéndose a la cabra. Mientras, los perros recorrían bailando el círculo imperfecto. Una joven, famélica y mugrienta, con un traje zingaro, cabrioleaba su cintura abanicando los trigos de sus piernas. Y así, a base de bragas y de mono, recogían no más de veinte reales.

El corro de mozuelas –son las cinco– se adormece a la sombra de las cales. Y un sopor verde-azul se va filtrando en espasmo salino por la siesta. Bordan las bordadoras, sobre manteles blancos, flores de té, mimosas, un bosque de juguete en las esquinas; hacen tristezas de cofrades en los tules; acaban filigranas de sueño. Tienen –al tacto de sus dedos– delicias para el arte. Bordan, bordan y cantan. Y a veces, les bosteza la mar por los ojillos. Sueñan –¿acaso no es momento el de la siesta?– en bordar un mantel y seis juegos de cama.

Vienen lavanderas bajan con lebrillos de ropa hasta los ojos. Llegan lavanderas lavan en las piedras de laja del arroyo. Ríen lavanderas cantan agorando que no llegue el otoño. Vuelven lavanderas hablan –pila y grifos– igual que de un tesoro. Ganan lavanderas sufren los jornales de pena más hermosos.

Y el tiempo se cambió su medida por naufragios, olvidó que el reloj lo ajustan los gobiernos y no admitió ni fiestas ni domingos. Doce muertos es mucho digerir para cincuenta casas. Y hay un luto en las puertas y en las noches y en las sábanas blancas que bordaron, cantando, para empapar la fiebre de un marido. Y hay un luto que cierra las ventanas; que cruza por los rostros ahuyentando sonrisas; que deja a la penumbra el fuego en los hogares cuando al cabo les llega la hora de la mesa. Viene como un fantasma, la ola de un siniestro, un esputo de llanto y acuchilla los cuerpos y las casas y pone el pan de trigo en cuarentena y lo desgana. Al pico de las rocas se quedaron los cuerpos y allí la mar desbrava, se retoza y salpica de espumas las flores que le arrojan, antes de bostezar.

Estas piedras no sirven para el tiempo. No pueden admitirlas los relojes de arena porque oprimen y obstruyen la yugular de su figura. Estas piedras no se rompen en lluvia cuando una mano las libera en su puño. Estas piedras llevan por su esqueleto milenario el sabor ancestral del íbero, el paso duro de hombres de Cartago, los efluvios de Itálica, la finura del árabe armonioso...y ahí se acaba su escudo y su grandeza. Estas piedras, de piedra, que el mar las acaricia, que las descansa suaves sobre el limo y el barro; estas piedras que asoman por sus vetas el sol hecho rodajas; es-

tas piedras que son solo en silencio tantos siglos de historia, han de tener respeto.

Los tizones aparte. Que se quede el fuego apelmazado, un poco hecho, que hay que poner la trébede y faenar un potaje de comida. En las orzas, morcillas con manteca; las cazuelas y las perolas listas para las viandas. Qué poco dura con el rocío de chiquillos. Pero el hombre trae su pesca y descoyunta en el tranco una silla de enea, pone en una línea fría los ojos y parece que se echara a dormir. Luego pasa la tarde con su sabor de espera. Las mujeres se sientan a las puertas con su cara de descanso y su pañuelo al cuello. Las niñas juegan y juegan a las cuatro esquinas, mientras que sus hermanas bordan, bordan y bordan. Y alguien parte el seis doble cerrando en la taberna.

Alemania se apareció en el cielo para todos los hombres que no tenían su pan. Fue un resplandor inmenso, algo más que un eclipse, la sombra más perfecta de la dicha, como un carro de fuego repartiendo prebendas. Algo así, como aquellos milagros que bondadosamente contaban las monjitas a los niños pequeños, mientras comían su pan con chocolate. Alemania cambió los sitios en las mesas; hizo que en las faenas tranquilas de la mar se cruzasen palabras; encendió el futuro, los cauces, las salidas y obligó a que los hombres volvieran pronto a casa para poder soñar. Fue, algo más que un veneno que trastocó la voz y el pensamiento, pero no suficiente para castrar los genes que amasaran los siglos.

Pero llega la fiesta de la guerra, la fiesta en que los hombres alzaron sus palabras más bajo que el brillo de las armas. Llega el aniversario del día en que España...Y entonces cabrelean viejos camiones sedientos de la arena de la costa; con sábanas y palos montan sus tenderetes; y cantan y se queman al sol. Ese día se bañan casi todos. Y la risa les salva otro verano. Van y vienen chiquillos por la arena buscando caracolas. Sueñan. Surgen fogatas, paellas y espetones. Y parece que el hombre vino al mundo para gozarse de él.

Las grímpolas acariciando el aire, meciendo, persuasivas, pececillos de azúcar. Lamiendo con su sopor salino, los surcos mañaneros que ondulara

el sol de las gaviotas. Alegría por las crestas de los mástiles, por los verdes penachos de los barcos que adornaban banderas. Un huracán acribilló con fuegos, música y cohetes, su cielo esplendoroso, tonsurado en celeste. El calendario había anunciado en rojo que era el día del Patrón.

Llegaron, como siempre, los coheteros de los pueblos de arriba de los montes. Llegó con su tartana el de las voladeras y una nueva caseta de tiro a los patitos. Sobre la arena misma, todo estaba en la arena, se montaron tinglados, poleas, manubrios. Los chiquillos clausuraron la escuela para formar los corros. Aún había que plantar las ruedas y el castillo de los fuegos y ya iba en borrachera Paco el de la Melchora, rezándole a la Virgen. Un puesto de pestiños, de cocos y soplillos, empezó con las moscas. Los barcos, presumidos, ya lucían banderitas. El cabo inspeccionó la feria y pidió los papeles. Aquella noche el mosto estaba menos negro.

Pero es que el Sur está por allá abajo con los pies en el agua. El corazón le llega a la garganta cada vez que sube la marea. No aguanta la pleamar del llanto y llora. Y es entonces cuando la mar salpica más espumas. El Sur se pierde en versos; en cantes de levante y en plegarias; en ir por las mañanas de pesquera; en salir por las tardes a por peces; y en bendecir al sol. El Sur alza una mano a Dios y otra la oculta metida en el bolsillo. Y es que por estos pagos del mar mediterráneo, sur de Europa, aún tienen su importancia la esperanza y la fe.

Y si os nombro, Tomás, Juana, Santiago, Paco el de la Melchora, es porque quiero pagaros tanto olvido, lo primero, y repartir los versos-pan que hoy hago. El mar, sin vuestras vidas, sería halago de peces de colores, pero es fiero si miro para atrás. Y mi año cero fue aquel sesenta que bebí de un trago. Os debo muchos años. Y ya es hora de vomitar la bilis que me traje de redes, mosto, pan, peces y penas. Os debo mi palabra. Creo que es hora de que se rompa en flor tanto coraje como brotó en las madres de mis venas.

Escrito en el agua

ÁNGEL OLGOSO

La Bañera

UN DÍA, mientras aguardas el regreso de tu mujer, prolongas ese baño sedante, la grávida sensación de deriva en el agua jabonosa, los lametazos del minúsculo oleaje, la indolencia que lleva a perder deliciosamente la noción del tiempo, y adivinas que se va a apoderar de ti una monotonía sin deseos, que ya no sobresalen las medias lunas de tus hombros y de tus rodillas, que poco a poco tu piel se va acomodando a la blancura de la bañera, a sus curvas, a sus bordes, que te desvaneces en el esmalte, que te invade un sentimiento de rigidez, de malestar, de miedo, cuando fracasas en los intentos por abandonar la bañera, y luego de escuchar los pasos de tu mujer, que se desnuda en silencio y deja caer el agua sobre tu fondo y se sumerge con un suspiro de júbilo, sientes el aviso de la firmeza de sus miembros contra ti como la sondaleza de un barco que tocara el fondo del río, sientes la suavidad de su piel sonrosándose con el agua caliente, y descubres que nunca volverás a abrazarla, que no podrás orientarte por

más tiempo en tu memoria blanca, lisa, pulida, que asistes impávido a los latidos de su corazón, a sus movimientos acariciadores y basculantes, a los rosetones de luz que refleja el cuerpo de tu mujer, completamente sola en el cuarto de baño.

Puntualidad

TODOS LOS VERANOS regreso al lugar que un día ocupó mi pueblo, sumergido desde hace treinta años bajo las aguas del pantano. Me siento en la orilla, o en un roquedo, y cada mañana, a las diez en punto, escucho un sonido que sube desde las profundidades, un tintineo sordo, conmovedor, helado como una pena. No, no es tañido de las campanas de la iglesia, me digo siempre, se parece más al timbre de la bicicleta del cartero.

El Narval

EL CALOR en el salón era ya, a esas horas, un bramido solar, una llamada negra. Me serví abundante hielo en el vaso. Y aunque bebí de un trago el té helado, en el pecho aún me quemaba el desprecio de Carla, su flagrante desapego. El hielo se derritió. La lengua de fuego mascaba mi corazón destrozado. Añadí y añadí más cubitos hasta que se desbordaron, cayeron sobre la alfombra y cubrieron toda la habitación, arrastrándome con ellos. Cormoranes y gaviotas me sobrevolaban. A la luz del día polar –escasa, claustral, subsumida– contemplé las resquebrajadas placas de

hielo entrechocando furiosamente. La alfombra, algunos libros, la vitrina y yo mismo sufríamos los embates del oleaje ártico. Dos ballenas narvales, atrapadas entre los hielos, entablaban un impetuoso duelo. No me paralizó el terror sino la imagen de una Carla cada vez más lejana, visión que ensartaba recuerdos en un largo collar de melancólicas piedras. El frío glacial del viento y de las aguas apenas atenuaba el dolor. De pronto, uno de aquellos unicornios marinos majestuosos y legendarios, emitiendo amenazadores vahídos, nadó en mi busca. Mantuve los ojos abiertos, apretando con la mano el vaso vacío, mientras notaba progresar su cuerno hacia mi corazón.

Lamelibranquios

ERES BUSCADOR de perlas en un mar subtropical. Buceas hoy a mayor profundidad, más allá de la barrera del arrecife de coral. Anémonas. Blenios dentados. Anguilas-jardín. Erizos. Peces arlequines. Bosque de quelpos. Descubres regocijado un vastísimo criadero natural. Semienterradas en el fondo limoso, las conchas cubren por entero la pradera submarina. Blandes el cuchillo, lo introduces con habilidad entre los bordes sellados de uno de los moluscos bivalvos y haces palanca. Contemplas entonces atónito, a través de la turbia luz, el sexo femenino que se aloja en su interior, su palpitante morfología venusina, sus labios abultados, el vello crespo sombreando el contorno, su fresita retráctil, sus repliegues de cresta de gallo, ababosados, salidizos, pultáceos. Abres otra concha. Y otra. En aquel delirante criadero de las profundidades, acunados por las aguas madres, todos los lamelibranquios cobijan un sexo con vida propia, encarnado, de contacto mucilaginoso, ciliado, como un pequeño hocico mostachudo y acuoso. Incrédulo aún, sientes cierto escalofrío cuando alcanzas a calibrar la peculiaridad del lugar.

Los Bajíos

SE UNTAN con pomadas para cicatrizar las terribles grietas que deja en su piel la humedad constante y reblanecedora. Frotan sin piedad sus uñas con estropajos y perfuman su cuerpo con artemisa y lavanda para enmascarar el hedor a pescado. Toman infusiones con miel para suavizar sus destrozadas cuerdas vocales. Pero el efecto es poco duradero: ningún emplasto las libra del dolor de garganta, de las profundas estrías, del sabor submarino a algas que prevalece sobre cualquier empeño. Y, rendidas, vuelven disciplinadamente a su ocupación, como bestias uncidas al yugo, como esos niños con las orejas clavadas al banco de trabajo en la fábrica, regresan a su puesto en esta isla rocosa sin discutir la índole de su tarea, doce horas con el agua hasta la cintura, absortas entre las piedras infestadas de minúsculos cangrejos, percebes y pulgas de mar, en compañía de los cormoranes, de las flagelaciones de espuma, de la rutinaria pesadilla de las tormentas, del gemido agónico de los ahogados, siempre ojo avizor tras cualquier barco que cabotea cerca o hace ondear las velas, las grímpolas y las flámulas, llorando en silencio, soñando con subir a bordo y escapar lejos de estos bajíos, surcar las aguas crestadas de blanco hacia no importa qué país, perderse tierra adentro en un bosque de hayas, en un desierto quemado por el sol salvaje, en una atronadora ciudad, en las herbosas laderas de una montaña. Mientras tanto, la sombría marea baja les absorbe la vitalidad y sienten que su piel se va apagando como la de un lagarto que acabase de morir, ya no es más que un manchón de plata, con largos cabellos apresados en salitre y esa pronunciación de escamas abajo. Sin embargo, a pesar de todo, aún cantan con exquisita dulzura, quizá lo hagan al dictado de arcaicas servidumbres, pero cantan sin parar, aún cautivan, aún entonan promesas que atraerán irresistiblemente a marinos incautos.

Las Lluvias

DE MADRUGADA, la crecida del río inunda el antiguo cauce. Un furioso turbión de agua y barro, estribándose sobre la colina arbolada, lo arrasa todo a su paso. Troncos y piedras atorán caminos y recovecos. Una vorágine líquida se desmanda, colma, invade con estruendo. El montículo de arcilla del hormiguero es barrido y las galerías subterráneas anegadas. Una tromba caótica, espumeante, sumerge las calles, las casas del pueblo, las cámaras de cría. Sin esperanza, sólo hay tiempo para un pestañeo de pánico, un temblor de delgadas antenas, una tragantada de angustia, un aleteo aterrizado. El embate de la riada fija las formas antes de arrastrarlas a un fin repentino, de voltearlas, de hundirlas con lentísima violencia. Las paredes vibran aturdidas. El tiempo se suspende. Sobrevienen enconados remolinos que desgonzan las puertas, densos infusorios que deshacen los túneles de la colonia. El golpeo de las aguas se lleva la porcelana de los vasares, las larvas y las pupas, la ropa blanca de los armarios, el almacén del enjambre, muebles ya inservibles, legiones de obreras con trozos diminutos de hojas entre sus mandíbulas. Palitos como mástiles, sillas como ramas, pasillos como bocanas, habitaciones como médanos. Un hervor de fríos borbotones, grávido de vientres hinchados a la deriva, de ojos compuestos, de zapatos vacíos, de segmentos abdominales. Un múltiple ahogo, una devastación de refugios derruidos, un recuerdo pavoroso que irá olvidándose hasta que regresen a las márgenes ya secas del río, levanten de nuevo el montículo de tierra, restituyan la electricidad, excaven con esmero minucioso otra colonia nutrida, vuelva la vida grata a sombra de tejados, la recolección de semillas, el cobijo de sueños y pasiones, el trabajo y el periódico de los domingos, el néctar embriagador de la rutina, los vuelos nupciales, la verbena en la plaza, las hembras que se arrancan las alas y comienzan a poner huevos.

El reflejo y el mito

CARMELO SÁNCHEZ MUROS

EL ESPEJO del agua fragmentaba la imagen del rostro del aún inocente Narciso. Asomándose al cauce del regato, que apresuradamente descendía entre el verde tapiz del culantrillo; el rostro embelesado, salpicando de gotas diminutas, miraba descender la rápida corriente que, rumorosamente, iba buscando el río, trasportando el recuerdo, húmedo aún, del bello rostro del infantil Narciso.

Fue la primera vez en que enfrentaba su angelical imagen al líquido cristal de las movientes aguas, comprobando como se deshacía en los fragmentos que el caudal diluía instantáneamente y el reflejo grabado sobre la superficie daba paso a otro similar, pero no el mismo, que el agua conducía en su fluir, siendo y no siendo ya, la imagen primigenia que fijó la corriente en su deslizante y fugaz superficie.

Nunca más recordaría Narciso, al paso de los años, el licuado momento; instante que tantas veces repitiera pero que el tiempo, lavando ese recuerdo involuntario, archivaría en su mente, marcándole la vida y, aún

más, sin saberlo, complicando su existencia o, quien sabe, haciéndole más felizmente pleno, al bastarse a sí mismo.

Fue después, cuando en la adolescencia la *physis* se reveló en su rostro, modulando sus rasgos y dotándolo de una prístina y purísima belleza púber.

Sumergido en el agua placentera del río, que tan serenamente discurría como líquida plata bajo la blanca luna y a través de las frondas inquietas del ribazo, que en su penumbra ofrecía el misterio de una revelación, cuando Narciso pensó, sintió aseveró en su interior, y esta certeza le hirió en su interior, dentro, muy dentro: ¿Por qué era imposible sumergirse dos veces en la misma corriente del incesante río que, tal como la vida, se iba sin remedio, sin que nadie pudiese retenerla? Nadie tenía poder para volverla atrás, traerla nuevamente hasta su origen, haciendo posible que todos los instantes pasados se materializaran nuevamente al presente.

Ya no. El instante se desvanecía. Nunca más el retorno. Nunca más la chorreante piel podría ser abrazada por el húmedo tacto de las aguas; de aquellas mismas aguas que arrastraban a la flotante luna y a su cuerpo de mármol nocturno hacia adelante, en busca de su centro; de su fluir primero; del regreso a su profundo seno; a la transmigración líquida del proceso que la convertiría, otra vez, en vapor, nube, lluvia, caudal oculto y dádiva divina, al fin, para los labios sedientos que esperaban calmar la sed que lo creado acarrea en su destino.

Con el paso del tiempo, Narciso se percató de su acuática estirpe, en la que nunca antes hubiese reparado. Fue recordando su genealogía: hijo de Efiso, dios fluvial, quien tanto le enseñó sobre las aguas, algas y ovas, donde quedaban soñando los batracios, mientras croaban bajo los luceros; las melodías diversas de las fuentes; los distintos lenguajes del arroyo, los canales, los ríos, las lluvias torrenciales, los mares diferentes, la continua gota; los diminutos monstruos que poblaban el fondo de las charcas; los remansos, quietos y traicioneros, donde el agua se abisma hundiéndose hasta su fondo a quien se acerca; o las atronadoras cascadas que se lanzan despeñando caudales de fuerza incontenible. También los animales abisales que nadan en lo profundo de los hondos remansos, donde los cauces mismos se paran a pensar hacia donde dirigen sus corriente, arrastrando a

la luz, el tiempo y los espejos, donde se mira e invierte su reflejo el paisaje, que le acompaña y le acuna en su proseguir lento.

Recordaba también a sus ancestros: a su paterno abuelo, el Océano mismo, y a sus fluviales parientes mitológicos. Comprendió entonces, que ahora era él a quien correspondía investigar, reconocer, remontarse al origen que, como los afluentes, solo podía recorrer de modo inverso a sus recuerdos; transitando en la falsa imagen recordada, solo rememorando y nunca en la presencia palpable de la imagen que, aunque impresa en su ser, nunca más volvería a suceder de nuevo.

Crecía Narciso, ya efebo perfecto, enaltecido por la hermosura que al paso de los años iba morando en su persona, convirtiendo el regio palacio de su cuerpo en la morada donde se acogería reinando la Belleza, en su total magnificencia. La Belleza, virtud que los dioses otorgaban y, sin razón alguna, habían depositado plenamente en su ser, como se deposita la luz en el oriente de una perla perfecta.

Leiríope, su madre, mirándose en él, acariciaba sus dorados rizos, abismando sus delicados dedos en la selva de oro que coronaba su indómita cabeza y le hacía recordar los maduros trigales de la Arcadia, mecidos por el viento bajo el potente sol.

Lo quería como progenitora. Como madre y mujer, quería conservarle para sí. Para que aquel perfecto e inviolado ser, que acunara otrora en sus entrañas, nunca fuese conmovido por la infelicidad, ni contaminado por fealdad alguna.

Cuidarle, protegerle, guiarle, era lo que ella ansiaba, para que nada turbara aquella placidez perfecta que anidaba en su espíritu; para que ni el más leve dolor descompusiera en amarga máscara aquella áurea proporción de sus rasgos.

Crecía Narciso en su belleza helénica. Ajeno, acaso, a todas sus virtudes e ignorante de aquellos atributos con que Belleza le adornaba y le hacía tan deseable a la multitud de pupilas que se iluminaban a su paso, e inconsciente también del incendio interior que provocaba, prendiendo el fuego más intenso en los corazones de muchachas y ninfas que a su paso cruzaban. Él, imposible, alejaba sus pasos, prolongando distancias con sus

perfectos pies de magnífica estatua, que el más suave cuero calzaba en las sandalias.

Sus claros ojos se entrecerraban, si es que miraba hacia el horizonte donde el mar azulaba sus pupilas, en la igual densidad cobalto de las aguas, donde el Jónico clama por la geometría de encumbradas acrópolis sobre el triunfo del mármol.

Nunca, aún, pensó que Eros tensaría su arco en desafío, hiriendo, quizás, el tierno corazón y así pagando el tributo que todo joven libre debe pagar a la vida, al menos una vez.

Nunca, aún, las corrientes subterráneas despertarían su sangre y bullirían pugnando por salir a la caza de la invisible presa, como el alado azor al que se lanza a la captura de la aérea presa que nuestra mano espera recibir.

No, aún no era el momento de que mareas de fondo removieran la linfa de sus venas y, al fin, sin poder más, saltase hacia el amor, como un chorreante delfín que emerge de las profundidades, anhelante del aire que él atrapa en fugaz bocanada, desesperadamente.

Mas, la rueda del tiempo que va cambiando los días en estaciones, así como las aguas del torrente, pasaban sobre él inexorablemente, modificando la physis juvenil; cambiando sus facciones y sus débiles músculos en los del más bello kurós, fuerte y pensante, émulo ya de Apolo.

Las ninfas se hacían notar intentando dejar prendida su mirada en la grácil imagen de sus cuerpos, juventud y belleza; incitación a la que Narciso nunca respondía, ensimismado en su propia persona, como era su costumbre.

Cuando acudía al baño, en el remanso que formaba el río y que un umbrío claro del bosque preservaba de indiscretas miradas, las ninfas le ofrecían el desnudo de sus cuerpos ebúrneos, jóvenes, chorreantes y delicados, con un falso recato cuando salían del agua, acallando algún grito, más por felicidad que por sorpresa, ante la núbil presencia del bellísimo heleno; salpicándole el rostro de rafaguillas líquidas, que sus precipitados movimientos fingían ser casuales y cuya verdadera finalidad era la de acaparar la atención del joven, quien nunca se interesaba por sus presencias y siempre prefería la paz y la ataraxia arcádica.

Entre aquellas graciosas criaturas, Eco, la ninfa de los montes, bajaba de las tierras agrestes y sedientas, hacia la fuente, portadora de crátera, para saciar la sed y hacer acopio del líquido elemento que tanto remediaba el calor agotador del día, la hora y el estío, a la vez que esquivaba al dios inoportuno, Pan, virtuoso flautista, quien requería de amor a la esquivada ninfa, que siempre rechazó sus sentimientos.

Fue entonces, cuando sus pasos se encaminaban hacia la clara fontana, cuando reparó en el joven Narciso, de quien quedó prendada en el acto e irreversiblemente, no pudiendo regresar ya a su estado anímico anterior: volver a ser quien era.

Y hacia él se fue. Miró sus ojos y transfigurada por la luz interior que emitían, cayó rendida ante él, casi un dios de belleza, a quien declaró su incontenible ardor.

Narciso, sorprendido, rechazó la amorosa propuesta y Eco, una vez pisoteado el mandato que Eros le imponía, como don que otorgara a los humanos, los héroes y dioses, retrocedió, palidecido el rostro; lívida toda ella, cubriéndose la cara con el antebrazo, se retiró de nuevo hacia los bosques, consumida de amor nunca correspondido; olvidando su ánfora en la fuente y sintiendo tanto dolor por el daño infligido que allá, entre el umbroso bosque, lejos de las miradas, abandonándose a su suerte e invocando su fin, vio como ya sus huesos se convertían en piedra, que se pulverizaba. Su voz tan solo persistía en el aire transparente, mientras su cuerpo se diluía en el ámbito y queda únicamente el sonido de su voz, repitiendo las sílabas finales de los vocablos que aún conseguía oír.

Un tanto impresionado, Narciso retornó a la fuente, donde un cristalino chorro de agua purísima seguía colmando la abandonada crátera; la que Eco olvidó en su retirada, cuando Narciso despreció su amor, hiriendo así sus nobles sentimientos, quizás tan profundamente como hiciera ella al no corresponder a los amores que Pan le propusiera.

La crátera se desbordaba a causa del incesante y fresco caño que no cesaba de colmarla y que chorreaba por el abultado vientre del cántaro, formando un aquietado espejo, apenas tembloroso, en el que se reflejaba

el límpido paisaje de pleno cielo azul y estremecida copa de algún árbol que las auras mecían.

El sediento Narciso, avanzó de nuevo hacia la fuente en busca del líquido frescor para sus labios, sedientos y abrasados por el resistero que adormecía la tarde, donde solo las chirriantes chicharras turbaban la quietud infinita del campo.

Mas Afrodita, la diosa del Amor, contrariada y ausente, ordenó castigar el acto de rechazo cometido por Narciso, y así desarrolló su secreta venganza, atrayendo al bello joven hacia la fuente, donde ofreció la calma del fresquísimo espejo de agua remansada, que retrataba en sí el ámbito perplejo.

Y allí fue. En ese mismo instante, cuando Narciso doblegando su cuerpo y a punto ya de hundir en el ansioso cuenco de sus manos una porción de sorbos suficiente de refrescante agua, cuando vio un rostro, el suyo, reflejado en el agua; un rostro que admiró profunda y reverencialmente y que desde el líquido espejo le devolvía a sus ojos el rostro venerado de Apolo: perfecto de facciones, cálido en su mirar, luminoso en su tez, dorado en su cabello...

Alguien que le miraba desde el fondo. Y era él. El mismo que una vez reflejara el arroyo. El mismo que una vez el agua retratará con rostro de neonato.

Y ya no pudo pensar en otra cosa; en nadie más que no fuese él mismo: un perfecto *kurós* al que ya amaba tanto; a quien quería más que a sí mismo y que era él también.

Consumido de amor por su propio reflejo; anhelo irrealizable al saber que ya nada podría satisfacer el ardor que sentía para consigo mismo; amor inalcanzable, irrealizable, abstruso...

Y allí quedó...y se dejó morir...

Sobre la temblorosa poza límpida y clara, donde el cristal sumergía su transparencia hasta el profundo fondo, de allí surgió la flor.

Era bellísima y llevaba su nombre.